

EL BIEN PÚBLICO

Oficinas, Bastion, 39

Mahon. Viernes 23 de Mayo de 1902

Año XXXI. Núm. 8.749

FALTA ASUNTO

Así se explica que se comenten las cosas pequeñas.

Se ha notado que los decretos del Rey dicen que los ministros continúan en cargados del despacho de sus departamentos, sin las formalidades que otras veces se acostumbraba escribir. ¿Y eso qué importa?

Se ha notado que la alocución del Rey a la nación española no lleva firma de ministros que la refrenda. ¿Y para qué hacia falta?

Cuantos menos intermediarios entre el pueblo y el Rey, mejor que mejor.

Otras cosas habrá que exigir al gobierno, y censurarle por sobras de omisiones impertinentes. Y no debe ser la menor causa de censura este jolgorio continuado de quince días, comenzado con un gobierno en crisis, un Parlamento confundido por grupos y dissidencias y unos partidos gobernantes estudiando su programa.

Las fórmulas cancillerescas son lo de menos. La tendencia que palpita en la alocución primera del Rey, a propósito de las responsabilidades, nos parece excelente. No queremos un solo poder directivo; pero sí el carácter de moderador y árbitro en el monarca. Preferimos el Rey a los políticos. Y la unión del Rey, el pueblo y el ejército, a todo.

Bien está que continúa el sistema, pero sin soñar en sus bondades absolutas, ya desmentidas, y sin caer en confusiones ciegas perniciosísimas.

Sean lo que sean los partidarios de las fórmulas, hay que olvidar la rutina y dirigirse principalmente al Monarca. El Rey ha jurado la Constitución no porque el Parlamento lo determinara, sino porque era Rey. Fué el primer acto de la soberanía. Ha tomado la Corona porque era suya, según la ley que se dió la nación misma. Y la mayor esperanza del país no está al presente en el ministerio ni en las oposiciones; en los personajes ni en las medianías—si es que unos y otras son cosa diferente,—está en el Monarca, está en creer que D. Alfonso XIII será un Rey como lo fué su padre D. Alfonso XII, valeroso, confiado en el pueblo, hombre de su tiempo, y con mas amor á la gloria que á la vida.

Para las cosas de segundo y tercer orden falta ya público. No son asunto que interese á nadie. Volveremos afortunadamente á los tiempos clásicos en que no figuraba el convencionalismo como palabra autorizada ni consentida en público. Lo que pierde el régimen parlamentario debe ganarlo la monarquía. Y quién sabe si en la bancarrota de la economía clásica, en las contrariedades de la democracia individualista, no habrá padecido también aquella teoría de la accidentalidad de las formas de gobierno y será preciso volver la vista á mayores acentos é intervenciones de nuestra gran magistratura.

Pronto lo dirá el perveniente.

Y esta será la sustancia de la discusión y la polémica. Hasta entonces faltará asunto de que tratar porque los directores de la cosa pública han acordado que continúen las fiestas, y estamos aún en la mitad de los regocijos oficiales.

JUSTO HOMENAJE Á LA REINA REGENTE

El decreto firmado por el Rey D. Alfonso concediendo honores á su augusta madre dice así:

Queriendo dar testimonio del entrañable cariño que profesamos á nuestra augusta madre y del gran afecto que le profesa la nación, regida por ella durante 16 años, en los cuales se inspiró siempre en las tradiciones de mi augusto padre para mantener y estrechar los lazos entre el trono y los ciudadanos, etc.

Vengo en disponer que goces del rango, homenajes y preeminencias de reina consorte, ocupando el mismo lugar en los actos oficiales que la reina mi esposa en el caso de que yo contraiga matrimonio.

INAUGURACIÓN REGIA

Ayer tarde á las cinco ha inaugurado S. M. el Rey las obras de emplazamiento en el Retiro del monumento á D. Alfonso XII en lo que fué embarcadero, y el acto ha resultado de una brillantez extraordinaria contribuyendo á ello los expladores de la corte, la presencia de los príncipes y sus séquitos, de las embajadas extraordinarias, del cuerpo diplomático permanente y de hermosas y elegantes damas.

S. M. y A.A. fueron al lugar de la ceremonia por el paseo de Chile, parte de cuyo trayecto alfombraban ricos tapices de palacio.

Lamento gentile se agolpaba á uno y otro lado con los deseos de ver y saludar al Rey y á la Reina que fueron agradidos con incessantes aclamaciones.

El Rey vestía de Capitán General con la banda de Carlos III. La Reina, la princesa y las infantas doña Teresa doña Isabel y doña Eulalia llevaban elegantes y sencillos trajes de passeo.

Se dirigieron al pabellón regio que se levanta frente á la tribuna en anfiteatro y allí, rodeados de los príncipes de los ministros de la Corona, excepto el Sr. Sagasta, y de los individuos de la junta de la estatua, se verificó el acto oficial.

El Rey tenía á su derecha á la princesa de Asturias, al gran duque Waldimiro, al príncipe Alberto de Prusia y al duque de Saboya y á la izquierda á la Reina y á las infantas D. María Teresa doña Isabel y doña Eulalia.

Leyó la memoria del monumento el marqués de Valdeiglesias y luego destacándose el Sr. Romero Robledo pronunció ante S. M. el Rey un elocuente

sentido y discreto discurso, ensalizando el Recuerdo de Alfonso XII y las virtudes y abnegaciones de la Reina Regente; señalando la época presente como época de reparaciones de desdichas sufridas y haciendo votos porque el nuevo reinado siga la hermosa e imprecedida huella del reinado de D. Alfonso XII, identificándose el Rey con su noble pueblo e inspirándose siempre en los generales intereses del país.

S. M. leyó el siguiente discurso:

Antes de contestar al saludo del presidente de la comisión, parecéme justo dirigir el mío á los príncipes enviados extraordinarios, embajadores y ministros de las naciones que tan brillante prueba me han dado de consideración y simpatía al honrar con su presencia mi adventimiento al trono de mis mayores, Dios me asista en él y ponga mi entendimiento á la altura de mi voluntad.

Grande es también mi gratitud á los individuos de la Junta que han preparado este solemne acto y que seguramente serán tan fieles servidores míos como lo fueron de mi padre á quien en este instante todos recordamos.

» Ellos y todos los españoles, á quienes llamo en mi ayuda, facilitarán el logro de los más vivos anhelos de mi alma; y haciéndome fácil el cumplimiento del deber, procuraran conmigo para el país el desenvolvimiento de su riqueza, el progreso ordenado de los bienes materiales y la tranquilidad moral tan necesaria para la felicidad de los pueblos.

» En mi firme empeño de realizar estos propósitos, no he de olvidar nunca los grandes ejemplos que me legó mi malogrado padre, ni la santa abnegación de mi buena madre á quien tantos desvelos causaron las vicisitudes de mi infancia y las graves responsabilidades de la gobernación del Reino.

» Con todos estos auxilios y con la protección de la Divina Providencia, sabré conservar la tradición gloriosa de la monarquía española, y mi reino será, á la sombra de la paz, el reinado del derecho y de la justicia para todos.

Enseguida reestido de pontifical y asistido del clero de San Jerónimo, bendijo la primera piedra el nuncio de Su Santidad.

D. Alfonso XIII hechó una paletada de argamasa y luego otra por su propia iniciativa.

Dspués lo hicieron S. M. la Reina, los príncipes de Asturias, las infantas, los príncipes extranjeros y los individuos de la Junta.

El saillar descendió solememente tocando la música de alabarderos la Marcha Real fuillera y tensando los cordones de seda S. M. el Rey y su augusta madre.

Los víves al Rey y á la Reina con algunos para la infanta doña Isabel, se sucedían sin cesar. El entusiasmo era general y difícil de describir.

Los Reyes y toda su brillante comitiva se encaminaron al pabellón donde está el proyecto reducido del monumento á D. Alfonso XII, abriéndose paso con dificultad, y viéndose confundidas las personas reales con el numeroso público de las tribunas que bajó de ellas para ver y aclamar al Rey.

El desfile de la corte fué una continua marcha triunfal desde el lugar de la ceremonia hasta la puerta de Alcalá, donde había miles de personas á uno y otro lado confundiéndose los que iban en lujosos trenes con las inmensas masas del pueblo.

Los reyes han asistido á la ceremonia con el escuadrón de Escolta Real.

En un coche iban SS MM. con la infanta doña María Teresa y en otro la princesa de Asturias, la infanta doña Isabel y la infanta doña Eulalia.

La tarde ha sido hermosa y explendida.

NOTICIAS

París 20.

Cronstadt.—A las ocho de la mañana ha sido divisada la escuadra francesa á través de la niebla.

Cronstadt.—Hace un frío muy intenso en el puerto imperial donde debe desembarcar el presidente de la república francesa. Llueve á intervalos. La parte baja del canal está aún obstruida por enormes témpanos de hielo.

Las estaciones del trayecto entre San Petersburgo á Peterhof están adornadas con profusión de banderas y mástiles, con inscripciones de ¡Viva Francia!

Peterhof.—A las 9 y 10 minutos han llegado el Czar y el Ozarewitch. Inmediatamente se han embarcado á bordo del yate «Alejandra» para salir al encuentro de M. Loubet, acompañados de MM. Lansdorf, conde de Montebello, gran duque Alejo, el ministro de Marina y un séquito brillante.

Cronstadt.—El «Montcalm» ha llegado á la rada y ha sido saludado con las salvas de ordenanza.

El gran duque Alejo irá á bordo del «Montcalm» para acompañar a M. Loubet al «Alejandra». Los habitantes de Cronstadt se han situado en grandes masas en la muralla, apesar del mal tiempo que reina, y prorrumpen en aclamaciones entusiastas. Doscientos ó trescientos embarcaciones surcan la rada, tripuladas por individuos de la colonia francesa y de la aristocracia rusa.

Antes de salir del «Montcalm» monsieur Loubet ha pasado revista á la escuadra rusa.

Peterhof.—M. Loubet ha llegado á bordo del «Alejandra»; la recepción por parte del Czar ha sido muy cordial.

